

OBSERVACIONES SOBRE LA CIUDAD DEL POLVO

La atmósfera de Lima es opaca, nebulosa y poco renovada, lo que depende en gran parte de la situación de la ciudad. Ceñida por la serranía del norte se apoyan contra ésta, formándole un toldo, todos los vapores que se levantan de la costa y de la transpiración de la vegetación feraz que la rodea, y como el sur por lo común sopla con poca fuerza, no puede hacer que los vapores sobrepujen las cumbres de los cerros. De aquí se origina el que los rayos del sol disipen con más facilidad las nieblas de los lugares circunvecinos que las de Lima, y que por consiguiente, los inviernos sean en aquéllos más templados que en ésta....

Hipólito Unanue

“Observaciones Sobre El Clima de Lima Y Sus Influencias En Los Seres Organizados En Especial El Hombre”, Lima, 1799-1805

Desdibujar las cosas

¿Por dónde empezar la paradójica operación de hacer desvanecer las cosas para resaltar su importancia?

¿Se puede hacer eso? ¿Cómo identificar los verdaderos asuntos de fondo? ¿Puede realizarse eso no como la “operación que toca” o un “planteamiento de producción” o “lo correcto”, sino como algo acertado y preciso un poco más allá del tiempo?

¿Podemos salirnos de lo dibujado y desvanecernos? ¿Podemos salirnos del tiempo? ¿Podemos hacer ambas cosas y sonar claros y concisos?

¿Qué es y qué supone el desvanecerse más allá de su acepción más directa? ¿Es compatible desdibujar con no querer ser desbordado por las cosas? ¿Es desdibujar literalmente desaparecer? ¿Se contradicen el desdibujar como especulación filosófica y su correlato plástico más perentorio? ¿Tiene esto relación con la ausencia de actividad y pronunciamiento políticos? ¿Es compatible el desvanecimiento con un accionar político claro, contundente y conciso? ¿Puede hacerse eso en una ciudad que -en la mayor parte del año- a la que te descuidas lo desvanece a uno? En una ciudad en la que lo público se diluye, lo político se pudre y lo ánimos se oxidan.

Tenemos una ciudad –hecha de muchas ciudades-, tenemos nubes, contaminación, humedad, luz difusa y mucho polvo, todo el tiempo.

Otro día más...

Otro día más casi igual al anterior y que a su vez será casi calcado al siguiente, y así la mayor parte del año. Un cielo nublado sin nubes, un cielo nublado de una sola nube que lo cubre todo. Un continuo de días calcados con la misma luz polvorienta, repitiéndose monótonamente durante meses. Este patrón pareciera ordenarlo todo y uno va encontrándole replicas en los huecos de las calles, en el polvo de los muros, en las rutas de los buses, en los titulares de las noticias, en los gestos de los hombres públicos, en las panzas de los políticos y en sus altisonantes líneas directrices.

Como si del “Día de la Marmota”⁽¹⁾ se tratara, aquí el siglo XIX y sus pomposos y vacuos gestos de poder aparecen de nuevo cada mañana. La Historia Patria como un bucle en el que los muertos y los desaparecidos vuelven una y otra vez -“¿cómo, no nos esperaban?”- a la hora del almuerzo. El mismo pasito de baile de cien grupos de cumbia a su vez uno igual al otro. La coreografía obligada a la que nadie -incluidos nosotros- escapa. La imagen de la mina a cielo abierto y su continuo horadar en círculo. La matriz colonial. El constante anuncio del célebre “chorreo” prometiendo bienestar para los pobres una vez que los ricos hayan vuelto a enriquecerse. Salto, pasito, giro, salto, pasito, giro... El tren eléctrico empezado en 1986 y sobre el que la artista Camila Bustamante fabula⁽²⁾ que acabará de ser construido en el año 2427, siempre que sea capaz de mantener su pausado e intermitente ritmo de construcción.

Cuando en el siglo XIX el científico y político Hipólito Unanue⁽³⁾ relacionó el clima de Lima con el carácter melancólico y las enfermedades del alma de los limeños, y el periodista, político, médico y jurisconsulto Manuel Atanasio Fuentes⁽⁴⁾ clasificó a los ciudadanos cruzando su origen étnico con su nivel de inteligencia y su predisposición para el trabajo, ambos contribuyeron a componer una letanía que no ha cesado de escucharse... Cada ciudad carga su sonsonete.

Lejos de querer encontrar la impronta del clima en el carácter de los limeños o de anunciar alborozados el descubrimiento de que no, que eso no es cierto, nos interesa más fijarnos en las losetas que conforman este cielo raso que cargamos estoicamente sobre los hombros. Ver de qué están hechas, cuánto pesan y si en verdad son eternas, entender porqué las soportamos tan des-complicadamente.

(1) “Atrapado En El Tiempo” de Harold Ramis con Billy Murray, EE.UU., 1993. <http://www.imdb.com/title/tt0107048/>

(2) <http://kolumnaokupa.blogspot.com/2009/09/20/kms-de-promesas-incumplidas/>

(3) “Observaciones sobre el clima de Lima y su influencia en los seres organizados, en especial el hombre”, Lima, 1940.

(4) "Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres". Fondo del Libro del Banco Industrial del Perú; Lima, 1988.

Observatorio del Tiempo

Es invierno, y aunque aquí hace más de treinta años desde la última vez que llovió en serio, muchas veces el cielo parece anunciar un gran aguacero que nunca llega.

Salimos entonces a la intemperie y nos ponemos a merced del tiempo y del clima, desconfiando de la protección y el resguardo de lo conocido. Acompañados de nuestras preconcepciones acerca de esta ciudad, combinación de recuerdos, impresiones, disgustos y extrañamientos, comenzamos a construir un paisaje metafórico y frágil premunidos sólo de cartón ¿acartonados?

Como punto de partida el espacio de este trabajo -laboratorio/observatorio- resulta ser un espacio deshabitado, de contornos imprecisos, producto de la imaginación y la arbitrariedad; una arquitectura de papel que no esconde su precaria estructura ni sus apuntalamientos. ¿Seguimos estando afuera?

Tenemos mucho cartón, tanto como para hacer una montaña y guarecernos debajo. Mediante un juego especulativo de prueba y error emprendemos la construcción de objetos: instrumental y muestrario de un figurado observatorio meteorológico, con el pensamiento puesto en un marco espacio-temporal que aunque basado en la ciudad en la que vivimos apunta a ser básicamente imaginario, utópico y abierto.

Quisiéramos pensar que estas fabricaciones sirvan para protegernos del frío, o que tal vez logren despejar la niebla y secar la llovizna que nos empaña la visión, pero es difícil de saber eso con certeza ahora. ¿Podremos combinar ciencia-ficción y poesía? ¿Podremos combinar ciencia y delirio?. Mientras tanto seguimos devorando polvo y herrumbre, con digestiones interminables.

Se trata de comerse la ciudad ¿pero comérsela como lo haría una polilla o como lo haría una ballena? Se trata de comerse la ciudad y ver qué le pasa a uno.

Ser ciudad

Esta ciudad permite vivir fuera de ella estando ahí. Es más, para no enfrentar según qué cosas la recomendación tácita podría ser: *Si te lo puedes permitir vive cómo si no estuvieras aquí*. Pero pensándolo mejor, el asunto no reside en podérselo permitir. Todo el mundo vive como si los demás no existieran que es una manera de no vivir aquí.

Esta ciudad crece constantemente, lo hace de manera vertical, lo hace hacia el norte, hacia el sur y hacia la cordillera en el este, y lo hace sin planificación, sin servicios, casi sin control y frecuentemente a costa de toda una gama de corruptelas. Para una porción significativa de sus habitantes el llegar a ser ciudad es una carrera de obstáculos, un vía crucis, una empinada cuesta arriba en la que nada está dado y todo corre a cuenta de uno. Dudamos que alguien pueda tener una imagen cabal de este organismo vivo. La sensación común, a la que uno abandona las referencias habituales, es la de sentirse un alienígena en cualquier parte, un extraño en su propia ciudad.

Esta ciudad vive vallando calles para enfrentar las amenazas, contratando protección y alarmas, levantando muros e instalando cercos eléctricos "por su propia seguridad". Aquí nada encaja. No sólo es que no encajan entre ellos las diferentes clases sociales y grupos humanos y sus intereses; sino que incluso la trama urbana, la cuadrícula de calles y plazas de cada barrio la mayoría de las veces no continúa de manera natural con la de sus barrios adyacentes si no que pareciera descolocarse a propósito. El recorrido al azar por parte de un extraño puede hacerle acabar caminando en círculos, y hasta en espiral si se despista demasiado. La ciudad, que parece estar hecha para confundir a un enemigo externo, en el fondo se protege de sí misma.

Sin embargo la ciudad tiene algo de amable. Tal vez por que sea peor lo que muchos dejan atrás para venir acá; tal vez porque el hecho de estar al borde de un acantilado permite soñar despierto.

¿Podemos entender esta variedad de maneras de ser ciudad? ¿Podemos ser ciudad en un contexto en el que todos nos comportamos más como parte del problema antes que de su solución?

A partir de lo que vemos, de lo recorrido, de lo vivido, de lo leído, de lo comparado y de lo hablado intentamos una solución que a la vez tiene algo de renuncia. Para ser ciudad toca ser nube, toca ser polvo, toca ser humedad, toca ser tóxico y en el Mercado Central de Lima daremos con aquello que quizás nos permita serlo.

Mercado Central

A lo largo de un año, de una a dos veces por semana atravesamos la ciudad desde el sur y nos llegamos al Mercado Central y sus calles aledañas.

En esa zona se abastecen limeños provenientes de toda la ciudad, así como provincianos y todo tipo de comerciantes. La variada nómina de negocios, talleres, almacenes y distribuidores muestra una maquinaria urbana con la miscelánea hogareña como

motor, y del que el arrume de telas, purpurina, tecnopor, impresos, esponja, cuerina y plásticos de colores hechos en la China es el combustible. El trabajo de miles y los precios baratos mantienen viva esta tramoya.

Tanto como el Servicio Meteorológico o el vecino Cerro San Cristóbal, el Mercado Central es un punto de observación privilegiado. Recorriéndolo se puede tomar nota de los objetos y servicios que mueven la economía doméstica y la pequeña industria artesanal de buena parte de la urbe y que acá encuentra uno de sus nodos principales. A la vista están los movimientos, la circulación, el uso y la importancia de los valores simbólicos encarnados en alimentos, suministros, juguetes, materiales para celebraciones y piñatas, útiles escolares, zapatos, moda íntima, ropa, loza, afeites, tintes y cosméticos, plásticos, envases y descartables. Aquí junto a todo lo que se mueve y cambia de manos, conviven el deseo con la frustración, el anhelo con el desasosiego, el polvo que cubre las fachadas con la fe que alientan las iglesias, la esperanza de una vida mejor con la certidumbre de que nunca se saldrá del hoyo.

Uno de los materiales que más nos llama la atención es uno que no abunda tanto y que más bien pasa desapercibido. Dos pequeñas cartoneras industriales en una calle que se aleja del centro viven de vender pliegos de cartón reciclado de diferentes gramajes, a la vez que ofrecen servicio de corte con sus vetustas y enormes guillotinas. Compran el cartón a medida pequeños encuadernadores, fabricantes de bolsos y empaquetadores minoristas. El cartón color gris es reciclado y en la superficie de los pliegos se alcanzan a ver pequeños restos de papel impreso apareciendo aquí y allá, minúsculos retales con letras y colores. En posteriores visitas encontraremos en algunos negocios el mismo tipo de cartón, pero a veces en color rojo pálido y otras en color negro -lo que queda de una tonelada- que dizque fue fabricado por encargo de la Universidad de San Marcos.

Ser Cartón

Este material nos sugiere que tal vez para ser ciudad toque ser cartón. Ser cartón querrá decir entonces ser absorbente, permeable, rudo, perecible, ser liso o ser rugoso, cálido, atmosférico, ordinario, nunca estable, ni rígido. Ser cartón es carecer de color definido, ser un poco maleable, ser humedad hecha polvo, desecho reciclado, pulpa de urbe. Ser cartón nos permite observar mejor y experimentar a fondo con algo de lo que está hecha la ciudad. Re-encarnarnos en cartón para mediante monotonía visual y repetición de por medio, evidenciar en su peculiaridad local la condición extraña y alienada de la vida en las ciudades. El guiño irónico es convertirnos en una especie de observador participante o quizás sea mejor decir en observador latente, inerte. Ni camuflado ni tampoco mimetizado, sino literalmente emparedado. Y eso que se dice pronto nos tomó nuestros buenos meses en entenderlo, y luego un poco más de tiempo para ver cómo es que hacíamos para ponerlo en práctica.

Soy

lo gris contra lo gris. mi vida

depende de copiar incansablemente

el color de la arena,

pero ese truco sutil

que me permite comer y burlar enemigos

me ha deformado. He perdido la simetría

de los animales bellos, mis ojos

y mis narices

han virado hacia un mismo lado del rostro. Soy

un pequeño monstruo invisible

tendido siempre sobre el lecho del mar.

Las breves anchovetas que pasan a mi lado

creen que las devora

una agitación de arena

y los grandes depredadores me rozan sin percibir

mi miedo. El miedo circulará siempre en mi cuerpo

como otra sangre. Mi cuerpo no es mucho. Soy

una palada de órganos enterrados en la arena
y los bordes imperceptibles de mi carne
no están muy lejos.
A veces sueño que me expando
y ondulo como una llanura, sereno y sin miedo, y más grande
que los más grandes. Yo soy entonces
toda la arena, todo el vasto fondo marino.

de "Cosas Del Cuerpo" (1999)

José Watanabe (Trujillo, 1945 - Lima, 2007)

Ciencia-(social)-ficción I

.....

Acá se oscila entre la reverencia hacia el pasado y los saltos al vacío. Lo primero se hace evidente en la sublimación de una supuesta arcadia incaica, en la mitificación de la impronta barroca que condiciona todo el relato colonial, en el peso de las formas republicanas y la glorificación de la independencia, así como en la pervivencia -por fortuna hoy en decadencia- de ese discurso hegemónico político-socio-cultural que denominaremos "lo criollo", y que explicaría la opción conservadora, costumbrista e idealizadora de lo pretérito que caracteriza la vida pública desde comienzos del siglo XX.

Por lo que respecta a lo segundo tanto la barbarie nihilista de Sendero Luminoso, como el modelo autoritario de corte neoliberal puesto en marcha por el fujimorato –plenamente vigente- tienen en común el afirmar intensamente el presente como momento ahistórico que prescindir del pasado y de cualquier relación dialéctica con la memoria. En un caso el futuro se da en clave de celebración dinamiática, y en el otro como un concluyente "sálvese quien pueda". No está de más señalar que el salto al vacío con estrellón final es también la lógica recurrente en la mayoría de procesos electorales.

Puestos en esta disyuntiva entre un pasado "losa" y un presente de desintegración y anomia, y frente a un futuro cuando menos incierto, vemos pertinente leer el contexto bajo el prisma de la ciencia-ficción no tanto como género cinematográfico-literario (que también) si no concebida -un tanto arbitrariamente- de una manera más amplia como el constructo discursivo, que en base a relatos y proyecciones mantiene un constante tira y afloja dialéctico entre el pasado, el presente y el futuro.

Más que en la literatura, más que en el teatro y más que en las artes plásticas u otras manifestaciones culturales, tal vez fue en la música peruana donde las tensiones entre tradición y ruptura, entre el hoy y el ayer, entre lo local y lo global, entre lo foráneo y lo propio se resolvieron de una manera brillante y progresista. Todavía hoy se escucha el futuro en el sonido de "garage-surf" de las grabaciones de los años 60 y 70 de los -aún en activo- Belkings(1). La mezcla chicha de huaino andino, cumbia amazónica y rock psicodélico de los Destellos de Enrique Delgado(2) sigue sonando a nación utópica a la par que radicalmente posible. Incluso en el nihilismo punk del rock subterráneo(3) de los 80 podíamos encontrar dosis ingentes de ese desatorador necesario para "superar las contradicciones históricas".

(1) Los Belkings: <http://www.circulocuadrado.org/Varios/SinTitulo.html>

(2) Los Destellos de Enrique Delgado: <http://www.youtube.com/watch?v=ssM2VARnaw>

(3) <http://www.youtube.com/watch?v=jGyOoPMQ3FE>

.....

Ciencia-(social)-ficción II

.....

Hoy en día la tecnología y la economía han hecho un emparedado con el tiempo y el espacio, han fundido el ocio con el trabajo y gracias a ello amalgamamos gustosamente lo público con lo privado. Nuestros cuerpos son una especie de coladores y nos hemos convertido en patronos de nosotros mismos, sólo que esta vez sin un paraíso a la vista. Ya que aprender del pasado parece inútil, que las profecías se cumplen todas las mañanas y no hay manera de imaginar mundos alternativos, vengan esos relatos para que cuenten qué es lo próximo que le espera a lo que quede de nosotros. Y si no hay nada que hacer, por lo menos estar advertidos.

Así, la ficción -científico- social dislocaría la faceta más rígida y sistemática de las ciencias sociales, poniendo en cuestión sus criterios de verdad y la lógica de sus razonamientos, para reivindicar y propagar otras maneras de leer el mundo. Por ahí pasaría también, aunque de manera no tan evidente, nuestro peculiar observatorio-laboratorio meteorológico.

.....

Gilda Mantilla y Raimond Chaves

Este trabajo se realizó en un período de nueve meses entre 2008 y 2009, y fue posible al apoyo de las Becas de Artes Plásticas de la Fundación Marcelino Botín.

En ese lapso de tiempo entre otras cosas sucedió que Fujimori fue condenado por crímenes de lesa humanidad, estalló la violencia en Bagua, se destaparon los Petro-audios, el Metropolitano sigue sin arrancar, etc...

Nuestro agradecimiento y cariño a Eva Torres, Nancy Lagos y Jorge Villacorta.